

vos seyendo en tal edad poner en tal peligro, perder queiréis el cuerpo é aun el alma; que aquellos que cono- cidamente se ponen en la muerte, pudiéndolo excusar, ellos mismos se matan.—Padre, dijo don Galaor, Dios hará de mí su voluntad; pero la batalla no la dejaré por ninguna vía.» El hombre bueno comenzó á llorar, é díjole : «Fijo, Dios vos acorra y esfuerce, pues en esto otra cosa no queiréis hacer, é pláceme en vos fallar de buena vida.» E Galaor le rogó que rogase á Dios por él. Allí se aposentaron aquella noche; é otro día, habiendo oido misa, armóse Galaor é fuése contra la peña que ante sí veía, muy alta é con muchas torres fuertes, que facían el castillo parecer muy hermoso á maravilla. Las doncellas preguntaron á Galaor si conocía el caballero que la batalla había de facer. El les dijo : «Creo que ya le vi.» Galaor preguntó á la doncella que de parte de su señora venía á ver la batalla, que le dijese quién era. «Esto no puede saber otro sino el caballero que ha de combatir.» E hablando en esto, llegaron al castillo, é la puerta fallaron cerrada. Galaor llamó, é parecieron dos hombres sobre la puerta, é díjoles : «Decid á Albadan que está aquí un caballero de Gandalac que viene á se combatir con él, é si allá tarda, que no salirá hombre ni entrará que le yo no mate, si puedo.» Los hombres se rieron é dijeron : «Este rencor durará poco, porque ó tú fuirás ó perderás la cabeza. E fuéronlo decir al Gigante, é las doncellas se llegaron á Galaor é dijeron : «Amigo señor, ¿sois vos el lidiador desta batalla?—Sí, dijo él.—¿Ay Señor! dijeron ellas, Dios os ayude é lo deje acabar á vuestra honra, que gran fecho comenzais; é quedad en buena hora, que no osaremos atender al Gigante.—Amigas, no temais, y ved por lo que venistes, ó vos tornad á casa del ermitaño; que yo ahí seré, si aquí no muero.» La una dijo : «Cualquier mal que avenga, ver quiero lo por que vine.» Entonces, apartándose del castillo, se metieron en una orilla de una floresta, donde esperaban de fuir si mal fuese al caballero.

CAPITULO XII.

De cómo Galaor se combatió con el gran gigante, señor de la peña de Galtáres, é lo venció é mató.

Al Gigante fueron las nuevas, é no tardó mucho, que luego salió en un caballo, y él parecía sobre él tan gran cosa, que no hay hombre en el mundo que mirar lo osase; é traía unas fojas de fierro tan grandes, que desde la garganta fasta la silla le cobrian; é un yelmo grande además muy claro, é una gran maza de fierro muy pesada, con que feria. Mucho fueron espantados los escuderos é las doncellas de lo ver; é Galaor no era tan esforzado, que entonces gran miedo no hobiese; mas cuanto mas á él se acercaba mas le perdía. El Jayan le dijo : «Cativo caballero, ¿cómo osas atender tu muerte? Que no te verá mas el que acá te envió; é aguarda é verás cómo se ferir de maza.» Galaor fué sañudo é dijo : «Diablo, tú serás vencido é muerto con lo que yo traigo en mi ayuda, que es Dios é la razon.» El Jayan movió contra él, que no parecía sino una torre. Galaor fué á él con su lanza baja al mas correr de su caballo, y encontróle en los pechos de tal fuerza, que la una estribera le hizo perder é la lanza quebró. El Jayan alzó

la maza por lo ferir en la cabeza, é Galaor pasó tan ahina, que lo no alcanzó sino en el brocal del escudo, é quebrando los brazales y el tiracol, gelo fizo caer en tierra, é á pocas Galaor hobiera caído tras él; y el golpe fué tan fuerte dado, que el brazo no pudo la maza sostener, é dió en la cabeza de su mismo caballo; así que, lo derribó muerto y él quedó debajo, é queriéndose levantar, habiendo salido dél á gran afán, llegó Galaor é dióle de los pechos del caballo, é pasó sobre él bien dos veces antes que se levantase, é á la hora tropezó el caballo de Galaor en el del Gigante, é fué á caer de la otra parte. Galaor salió del luego que se veía en aventura de muerte, é puso mano á la espada que Urganda le diera é dejóse ir al Jayan, que la maza tomaba del suelo, é dióle con la espada en el palo della é cortóle todo, que no quedó sino un pedazo que le quedó en la mano; é con aquel lo firió el Jayan de tal golpe por cima del yelmo, que la una mano le hizo poner en tierra; que la maza era fuerte é pesada y el que feria de gran fuerza, y el yelmo se le torció en la cabeza; mas él, como muy ligero é de vivo corazón fuese, levantóse luego é tornó al Jayan, el cual le quiso ferir otra vez; pero Galaor, que mañoso é ligero andaba, guardóse del golpe, é dióle en el brazo con la espada tal ferida, que gelo cortó cabe el hombro, é decendiendo la espada á la pierna, le cortó cerca de la meitad. El Jayan dió una gran voz é dijo : «¡Ay cativo! escarnido soy por un hombre solo.» E quiso abrazar á Galaor con gran saña; mas no pudo ir adelante por la gran ferida de la pierna, é sentóse en el suelo. Galaor tornó á lo ferir, é como el Gigante tendió la mano por lo trabar, dióle un golpe que los dedos le echó en tierra con la meitad de la mano; y el Jayan, que por lo trabar se había tendido mucho, cayó, é Galaor fué sobre él é matólo con su espada é cortóle la cabeza. Entonces vinieron á él los escuderos é las doncellas, é Galaor les mandó á los escuderos que llevasen la cabeza á su señor; ellos fueron alegres é dijeron : «Por Dios, Señor, él fizo en vos buena crianza, que vos ganastes el prez y él la venganza y el provecho.»

Galaor cabalgó en un caballo de los escuderos, é vió salir del castillo diez caballeros, en una cadena metidos, que le dijeron : «Venid á tomar el castillo; que vos matastes el Jayan é nos los suyos que le guardaban.» Galaor dijo á las doncellas : «Señoras, quedemos aquí esta noche.» Ellas dijeron que les placía. Entonces fizo quitar la cadena á los caballeros, é acogéronse todos al castillo, donde había hermosas casas, y en una dellas se desamó é diéronle de comer, é á sus doncellas con él.

Así folgaron allí con gran placer, mirando aquella fuerza de torres é muros, que maravillosas les parecían. Otro día fueron allí asonados todos los de la tierra en derredor, é Galaor salió á ellos, y ellos lo recibieron con gran alegría, diciéndole que, pues él ganara aquel castillo matando al Jayan que por fuerza é gran premio los mandaba, que á él querían por señor. El gelo agradeció mucho; pero díjoles que ya sabían cómo aquella tierra era de derecho de Gandalac, é que él, como su criado, había allí venido á la ganar para él; que le obedeciesen por señor, como eran obligados, é que él los trataría mansa é honradamente. El sea bien venido, dijeron ellos, que como nuestro natural é como cosa suya

propria, terná cuidado de nos hacer bien; que este otro que matastes como ajenos y extraños nos trataba.»

Galaor tomó homenaje de dos caballeros, los que mas honrados le parecieron, para que venido Gandalac, le entregasen el castillo, é tomando sus armas é las doncellas, é un escudero de los dos que allí trajo, entró en el camino de la casa del ermitaño; é allí llegado, el hombre bueno fué muy alegre con él é díjole : «Fijo bienaventurado, mucho debeis amar á Dios, que él vos ama, pues quiso que por vos fuese fecha tan fermosa venganza.» Galaor, tomando dél su bendicion, é rogándole que dél hobiese memoria en sus oraciones, entró en su camino. La una doncella le rogó que le otorgase su compañía, é la otra dijo : «No vine aquí sino por ver cima desta batalla, é vi tanto, que terné que contar por donde fuere. Agora quiérome ir á casa del rey Lisuarte por ver un caballero mi hermano que ahí anda.—Amiga, dijo Galaor, si ahí viéredes un caballero mancebo que trae unas armas de unos leones, decilde que el doncel que él fizo caballero se le encomienda, y que yo pugnaré de ser hombre bueno; é si le yo viere decirle he mas de mi hacienda é de la suya que él sabe.» La doncella se fué su via, é Galaor dijo á la otra que, pues él había sido el caballero que la batalla hiciera, que le dijese quién era su señora, que la allí había enviado, «Si lo vos queiréis saber, dijo ella, seguidme é mostrar vos la he de aquí á cinco dias.—Ni por eso, dijo él, no quedaré de lo saber; que yo os seguiré.»

Así anduvieron fasta que llegaron á dos carreras, é Galaor, que iba delante, se fué por la una, pensando que la doncella fuera tras él, mas ella tomó la otra, y esto era á la entrada de la floresta llamada Brananda, que parte el condado de Clara é de Gresca, é no tardó mucho que Galaor oyó unas voces diciendo : «¡Ay buen caballero, valedme!» El tornó el rostro é dijo : «¿Quién da aquellas voces?» El escudero dijo : «Entiendo que la doncella que de nos se apartó.—¿Cómo, dijo Galaor, partióse de nos?—Sí, señor, dijo él, por aquel otro camino va.—Por Dios mal la guardé.» E enlazando el yelmo, é tomando el escudo é la lanza, fué cuanto pudo donde las voces oía, é vió un enano feo encima de un caballo, é cinco peones armados con él de capellinas é hachas, y estaba firiendo con un palo que en la mano tenía á la doncella. Galaor llegó á él é dijo : «Vé, cosa mala é fea, Dios te dé mala ventura.» E tornó la lanza á la mano siniestra, é fué á él, é tomándole el palo, dióle con él tal herida, que cayó en tierra todo atordido; los peones fueron á él é firiéronlo por todas partes; él dió á uno tal golpe del palo en el rostro, que le batió en tierra, é firió á otro con la lanza en los pechos, que le tenía metida la hacha en el escudo y no la podía sacar, que lo pasó de la otra parte é cayó, é quedó en él la lanza, é sacó la hacha del escudo, é fué para los otros, mas no le osaron atender, é fueron por unas matas tan espesas, que no pudo ir tras ellos, é cuando volvió vió cómo el Enano cabalgara é dijo : «Caballero, en mal punto me feristes é matastes mis hombres.» E dió del azote al rocín é fuése cuanto mas pudo por una carrera. Galaor sacó la lanza del villano, é vió que estaba sana, de que le plugo; é dió las armas al escudero, é dijo : «Doncella, id vos delante, é guíadme á mejor.»

E así tornaron al camino, donde á poco rato llegaron á un río que había nombre Bran, é no se podía pasar sin barca; la doncella, que iba delante, falló el barco é pasó de la otra parte, é en tanto que Galaor atendió el barco llegó el enano que él firiere, é venía diciendo : «A la fe, don traidor, muerto sois, é dejaréis la doncella que me tomastes.» Galaor vió que con él venían tres caballeros bien armados y en buenos caballos. «¿Cómo! dijo el uno dellos, ¿ todos tres iremos á uno solo?... Yo no quiero ayuda ninguna.» E dejóse á él ir lo mas recio que pudo; é Galaor, que ya sus armas tomara, fué contra él é firiéronse de las lanzas, y el caballero del Enano le falsó todas sus armas, mas no fué la ferida grande, é Galaor lo firió tan bravamente, que lo lanzó de la silla, de que los otros fueron maravillados, é dejáronse á él correr entrambos de consuno, y él á ellos, y el uno erró su golpe, y el otro fizo en el escudo su lanza piezas; é Galaor lo firió tan duramente, que el yelmo le derribó de la cabeza é perdió las estriberas y estovo cerca de caer; mas el otro tornó é firió á Galaor con la lanza en los pechos, é quebró la lanza, é aunque Galaor sintió el golpe mucho, no le falsó el arnés; entonces metieron todos mano á las espadas, é comenzaron su batalla, y el Enano decía á grandes voces : «Matadle el caballo é no fuiré. E Galaor quiso ferir al que derribara el yelmo, y el otro alzó el escudo y entró por el brocal bien un palmo, é alcanzó con la punta en la cabeza al caballero, é fendióle fasta las quijadas; así que, cayó muerto. Cuando el otro caballero vió este golpe fuyó, é Galaor en pos dél, é firióle con su espada por cima del yelmo é no le alcanzó bien, é decendió el golpe al arzon de zaga, é llevóle un pedazo é muchas mallas del arnés; mas el caballero firió recio al caballo de las espuelas, y echó el escudo del cuello por se ir mas ahina. Cuando Galaor así lo vió ir dejólo, é quiso mandar colgar al Enano por la pierna, mas viólo ir fuyendo en su caballo cuanto mas pudo, é tornóse al caballero con quien ante justara, que iba ya acordando, é díjole : «Caballero, de vos me pesa mas que de los otros, porque á guisa de buen caballero, vos quisistes combatir; no sé por qué me acometistes, que no vos lo merecí.—Verdad es, dijo el caballero; mas aquel enano traidor nos dijo que le firiérades é le matárades sus hombres, é le tomárades á fuerza una doncella que se quería con él ir.» Galaor le mostró la doncella, que lo atendía de la otra parte del río, é dijo : «Védes la doncella, é si la yo forzara no me atendiera; mas viniendo en mi compañía, erróse de mí en esta floresta.» Y él la tomó é la feria con un palo muy mal.—¿Ay traidor! dijo el caballero, en mal punto me hizo acá venir, si lo yo hallo.» Galaor le hizo dar el caballo, é díjole que atormentase al Enano, que era traidor. Entonces pasó en el barco de la otra parte, y entró en el camino en guía de la doncella, é cuando fué entre nona é vísperas mostróle la doncella un castillo muy hermoso encima de un valle, é díjole : «Allí iremos nos á albergar.» E anduvieron tanto hasta que á él llegaron, y fueron muy bien recebidos, como en casa de su madre de la doncella que era, é díjole : «Señora, honrad este caballero como el mejor que nunca escudo echó al cuello.» Ella dijo : «Aquí le harémos todo servicio é placer.» La doncella le dijo : «Buen caballero,

para que yo pueda cumplir lo que os he prometido habeisme de aguardar aquí, é luego volveré con recaudo. —Mucho os ruego, dijo él, que no me detengais, que se me haría mucha pena.» Ella se fué, é no tardó mucho que no volviese, é dijole: «Agora cabalgad é vayamos. —En el nombre de Dios,» dijo él. Entonces tomó sus armas, é cabalgando en su caballo, se fué con ella, é anduvieron siempre por una floresta, é á la salida della les anocheció, é la doncella, dejando el camino que levaban, tomó por otra parte, é pasada una pieza de la noche, llegaron á una hermosa villa, que Grandáres había nombre; é desdeque llegaron á la parte del alcázar dijo la doncella: «Agora decendamos y venid en pos de mí, que en aquel alcázar vos diré lo que tengo prometido. —Pues ¿llevaré mis armas? dijo él. —Sí, dijo ella; que no sabe hombre lo que avenir puede.» Ella se fué delante, é Galaor en pos della hasta que llegaron á una pared, é dijo la doncella: «Subid por aquí y entrad ende; que yo iré por otra parte é acudiré á vos.» El subió suso á gran afán, é tomó el escudo é yelmo, é bajóse ayuso, é la doncella se fué. Galaor entró por una puerta é llegó á un postigo pequeño que en el muro del alcázar estaba, y estuvo allí un poco fasta que lo vió abrir, é vió la doncella, é otra con ella, é dijo á Galaor: «Señor caballero, antes que entreis conviene que me digais cuyo hijo sois. —Dejad vos deso, dijo él; que yo tengo tal padre é madre, que hasta que mas valga no osaría decir que su hijo soy. —Todavía, dijo ella, conviene que me lo digais; que no será de vuestro daño. —Sabed que soy hijo del rey Perion é de la reina Elisena, é aun no há siete días que os lo no supiera decir. —Entrad,» dijo ella; entrando, ficiéronle desarmar, é cubriéronle un manto, é salieron de allí, é la una iba detrás é la otra delante, y él en medio, y entraron en un gran palacio é muy hermoso, donde yacian muchas dueñas é doncellas en sus camas, é si alguna preguntaba quién iba allí, respondian ambas las doncellas. Así pasaron fasta una cámara que con el palacio se contenia, y entrando dentro, vió Galaor estar en una cámara de muy ricos paños una hermosa doncella que sus cabellos hermosos peinaba; y como vió á Galaor, puso en su cabeza una hermosa guirnalda é fué contra él, diciendo: «Amigo, vos seais bien venido, como el mejor caballero que yo sé. —Señora, dijo él, é vos muy bien hallada, como la mas hermosa doncella que yo nunca vi.» E la doncella que lo allí guió dijo: «Señor, veis aquí mi señora, é agora soy quita de la promesa; sabed que ha nombre Aldeva, y es hija del rey de Serolis, é hala criado aquí la mujer del duque de Bristoya, que es hermana de su madre.» Desi dijo á su señora: «Yo vos dó al hijo del rey Perion de Gaula; ambos sois hijos de reyes é muy ferrosos; é vos mucho amais, no vos lo terná ninguno á mal.» E saliéndose fuera, Galaor holió con la doncella aquella noche á su placer, é sin que mas aquí os sea recontado, porque en los autos semejantes, que á virtud de honestad no son conformes, con razon debe hombre por ellos ligeramente pasar, teniéndolos en aquel pequeño grado que merecen ser tenidos.» Pues venida la hora en que le convino salir de allí, tomó consigo las doncellas é tornóse donde las armas dejara; é armado, se salió á la huerta, é falló hí al enano

que ya oistes, é dijole: «Caballero, en mal punto acá entrastes, que yo os faré morir, é á la alevisa que aquí os trajo.» Entonces dió voces: «Salid, caballeros, salid; que un hombre sale de la cámara del Duque.» Galaor subió en la pared é acogiése á su caballo, mas no tardó mucho que el Enano con gente salió por una puerta que abrieron, é Galaor, que entre todos le vió, dijo entre sí: «¡Ay cativo! muerto soy si me no vengo deste traidor de enano.» E dejóse á él ir por lo tomar; mas el Enano se puso detrás de todos en su rocín; é Galaor, con la gran rabia que llevaba, metióse por entre todos, y ellos lo comenzaron á ferir de todas partes. Cuando él vió que no podíá pasar, firiólos tan cruelmente, que mató dos dellos, en que quebró la lanza; desí metió mano á la espada é dábales mortales golpes, de manera que algunos fueron muertos é otros feridos, mas ante que de la priesa fuese salido le mataron el caballo. El se levantó á gran afán, que le herian por todas partes; pero desdeque fué en pié escarmentólos de manera, que ninguno era osado de llegar á él. Cuando el Enano lo vió ser á pié, cuidólo ferir de los pechos del caballo, é fué; é él lo mas recio que pudo, é Galaor se tiró un poco afuera é tendió la mano é tomóle por el freno, é dióle tal ferida de la manzana de la espada en los pechos, que lo derribó en tierra, é de la caída fué así atordido, que la sangre le salió por las orejas é por las narices, é Galaor saltó en el caballo, é al cabalgar perdió la rienda é saliése el caballo con él, de la priesa; é como era grande é corredor, ante que la cobrase se alongó una buena pieza, é como las riendas hobo, quisose tornar á los ferir, mas vió á la finiestra de una torre su amiga, que con el manto le hacia señas que se fuese. El se partió dende, porque la gente había ya mucha sobrevenido, é anduvo fasta entrar en una floresta. Entonces dió el escudo y yelmo á su escudero. Algunos de los hombres decían que seria bueno seguirle, otros que nada aprovecharía, pues era en la floresta; pero todos estaban espantados de ver cómo tan bravamente se había combatido. El Enano, que mal trecho estaba, dijo: «Llevadme al Duque, é yo le diré de quién debe tomar la venganza.» Ellos le tomaron en brazos y lo subieron donde el Duque era, é contóle cómo fallara á la doncella en la floresta, é porque la queria traer consigo había dado grandes voces, é que acudiera en su ayuda un caballero, é le había muerto sus hombres, é á él ferido con el palo, é que él despues lo siguiera con los tres caballeros por le tomar la doncella, é cómo los desbaratara é venciera; finalmente le contó cómo la doncella le trajera allí é lo había metido en su cámara. El Duque le dijo si conocería la doncella. El dijo que sí. Entonces las mandó allí venir todas las que estaban en el castillo, é como el Enano entre ellas la vió dijo: «Esta es por quien vuestro palacio es deshonorado. —¡Ay traidor! dijo la doncella, mas tú me ferias mal é me mandabas ferir á tus hombres, é aquel buen caballero me defendió, que no sé si es este ó si no.» El Duque fué muy sañudo é dijo: «Doncella, yo faré que me digais la verdad.» E mandóla poner en prision; pero por tormentos ni males que la ficiéron, nunca nada descubrió, é allí la dejó estar, con grande angustia de Aldeva, que la mucho amaba, é no sabia con quién lo hiciese saber á Galaor, su amigo.

El autor deja aquí de contar desto, é torna á fablar de Amadís, é lo deste Galaor dirá en su lugar.

CAPITULO XIII.

De cómo Amadís se partió de Urganda la Desconocida, é llegó á una fortaleza, é de lo que en ella le avino.

Partido Amadís de Urganda la Desconocida, con mucho placer de su ánimo en haber sabido que aquel que ficiera caballero era su hermano, é porque creía ser cedo donde su señora era, que aunque no le viese, le sería gran consuelo ver el lugar donde estaba, anduvo tanto contra aquella parte por una floresta sin que poblado fallase, que en ella le anocheció, y en cabo de una pieza vió léjos un fuego que sobre los árboles parecia, é fué contra allá, pensando fallar aposentamiento. Entonces desviándose del camino, anduvo fasta que llegó á una hermosa fortaleza, que en una torre della parecia por las finiestras aquellas lumbres que de candelas eran, é oyó voces de hombres é mujeres como que cantaban é facían alegrías, é llamó á la puerta, mas no le oyeron, é dende á poco los de la torre miraron por entre las almenas é viéronle que llamaba, é dijole un caballero: «¿Quién sois, que á tal hora llamais?» El le dijo: «Señor, soy un caballero extraño. —Así parece, dijo el del muro, que sois extraño, que dejais de andar de día é andais de noche; mas creo que lo faceis por no haber razon de os combatir, que á esta hora fallaréis sino los diablos.» Amadís le dijo: «Si en vos algun bien hobiesé, algunas veces veríades andar de noche á los que menos hacer no pueden. —Agora os id, dijo el caballero, que no entraréis acá. —Si me ayude Dios, dijo Amadís, yo cuido que no querriades hombre que algo valiese en vuestra compañía; pero querria, antes que me vaya, saber cómo habeis nombre. —Yo te lo diré, dijo él, con tal que cuando me fallares te combatas conmigo.» Amadís, que sañudo estaba, otorgógelo; el caballero dijo: «Sabed que yo he nombre Dardan; que no puedes haber esta noche tan mala que no sea muy peor el día que conmigo encontrares. —Pues yo quiero, dijo Amadís, salir luego desta promesa, é alumbrennos con estas candelas á que nos combatamos. —¿Cómo! dijo Dardan, ¿por yo ir á la batalla de tal como vos había de tomar armas de mas de noche? Mal haya quien espuelas calzase ni arnés vistiese por ganar honra della.» Entonces se partió del muro, é Amadís fué su camino.

Aquí retrata el autor de los soberbios é dice: «Soberbios, ¿qué quereis? Qué pensamiento es el vuestro? Rúego vos que me digais la hermosa persona, la gran valentia, el ardimiento del corazon, si por ventura lo heredastes de vuestros padres, ó lo comprastes con las riquezas, ó lo alcanzastes en las escuelas de los grandes sábios, ó lo ganastes por merced de los grandes príncipes; cierto es que diréis que no; pues ¿dónde lo hobistes? Parésceme á mí que de aquel Señor muy alto donde todas las buenas cosas ocurren é vienen. E á este Señor ¿qué gracias, qué servicios en pago dello le dais? Ciertó no otros ningunos sino despreciar los virtuosos y deshonorar los buenos, maltratar los de sus órdenes santas, matar los flacos con vuestras grandes soberbias, é otros muchos insultos contra de su servi-

cio, y al contrario de la escolástica regla de caballería, que es en la lengua religioso y en la fuerza soberbio. Creyendo, á vuestro parecer, que así como con esto la fama, la honra deste mundo ganais, que así con una pequeña penitencia en el fin de vuestros días la gloria del otro ganaréis. ¡Oh, qué pensamiento tan vano y tan loco, habiendo pasado vuestro tiempo en las semejantes cosas sin arrepentimiento, sin la satisfacción que á vuestro Señor debeis, guardarlo todo junto para aquella triste é peligrosa hora de la muerte, que no sabeis cuándo ni en qué forma os verná! Diréis vos que el poder é la gracia de Dios es muy grande, junto con su piedad; verdad es. Mas así el vuestro poder había de ser para forzar con tiempo vuestra ira é saña, é os quitar de aquellas cosas que él tanto tiene aborrecidas, porque haciéndoos dignos, dignamente el su perdón alcanzar podiésedes; considerando que no sin causa el cruel infierno fué por él establecido.

Mas quiero yo agora dejar esto aparte que no veis, é ponerme en razon con vosotros en lo presente que habemos visto y leído. Decidme: ¿por qué causa fué derribado del cielo en el fondo abismo aquel malo Lucifer? No por otra sino por su gran soberbia; é aquel fuerte gigante Membrot, que primero todo el humanal linaje señoreó, ¿por qué fué de todos ellos desamparado ó como animalia bruta sin sentido alguno fueron por los desiertos sus días consumidos, no por al, salvo porque con su gran soberbia quiso hacer una escalera á manera de camino, pensando por ella subir é mandar los cielos? Pues ¿por qué dirémos que fué por Hércules asolada y destruida la gran Troya, é muerto aquel su poderoso rey Laumedon? No por otra causa sino por la soberbia embajada que por sus mensajeros á los caballeros griegos envió, que á salva fe al su puerto de Simeonta arribaron. Muchos otros que por esta mala é malvada soberbia perecieron en este mundo y en el otro contar se podrían, con que esta razon aun mas autorizada fuese. Pero porque seyendo mas prolija, mas enojosa de leer seria, se dejará de recontar; solamente vos será á la memoria traído si estos que en el cielo y en la tierra, donde tan gran poder é honra tuvieron, por la soberbia fueron perdidos, deshonorados é dañados, ¿qué fruto hay en aquellas viles palabras dichas por Dardan é por otros semejantes? Qué mando en lo uno ni en lo otro tienen, ó ocurrirseles puede? La historia os lo mostrará adelante.

Partido Amadís con gran saña de aquel muy soberbio caballero Dardan, fuése por la floresta buscando algun mato aparejado donde albergar pudiese; é así yendo, oyó ante sí hablar, é yendo presto aguijando mas su caballo, halló dos doncellas en sus palafrenes, é un escudero con ellas; él se llegó á ellas é saludólas cortésmente, y ellas le preguntaron de dónde venia á tal hora armado; él les contó cuanto le aconteciera desdeque fuera noche. «¿Sabeis vos, dijeron ellas, cómo ha nombre ese caballero? —Si sé, dijo él, que él me lo dijo, é dijo que había nombre Dardan. —Verdad es, dijeron ellas, que él ha nombre Dardan el Soberbio, y este es el mas soberbio caballero que hay en esta tierra. —Yo lo creo bien,» dijo Amadís, é las doncellas le dijeron: «Señor caballero, nos tenemos aquí cerca nuestro aposenta-

miento; quedad con nos.» Amadís se lo otorgó, é yendo de consuno, hallaron dos tendejones armados, donde las doncellas de aposentar se habian, é allí descendieron, y desarmándose Amadís, mucho fueron las doncellas alegres de su hermosura, y cenaron con mucho placer, é hicieron para él un tendejon donde durmiese, y en tanto preguntáronle las doncellas dónde iba. «Contra casa del rey Lisuarte, dijo él.—E nos allá imos, dijeron ellas, por ver cómo acaecerá á una dueña que era una de las buenas de su manera desta tierra, é mas hijadalgo, é cuanto en el mundo ha tiene metido en prueba de una batalla, é ha de parecer en estos diez dias con quien faga su batalla por ella ante el rey Lisuarte; mas non sabemos qué le acaecerá; que este contra quien se ha de defender es agora el mejor caballero que hay en la Gran Bretaña.—¿Quién es ese, dijo Amadís, que tanto precian de armas onde tantos buenos hay?—El mesmo del que agora os partistes, dijeron ellas: Dardan el Soberbio.—¿Por qué razon, dijo él, ha de ser esta batalla? Decídmelo, así Dios os vala.—Señor, dijeron ellas, este caballero ama á una dueña desta tierra que fué hija de un caballero que fué casado con esta otra dueña; é la amada dijo á su amigo Dardan que jamás le haria amor si la no llevase á casa del rey Lisuarte é dijese que el haber de su madrastra debía ser suyo, y que sobre esta razon se combatiese con quien dijese lo contrario, é hízolo él así como lo mandó su amiga; é la otra dueña no fuera tan bien razonada como le fuera menester, é dijo que daria probador ante el Rey por sí, y esto fizo por el gran derecho que tiene, cuidando hallar quien lo mantuviese por ella; mas Dardan es tan buen caballero de armas, que á tuerto que á derecho todos dudan su batalla.» Amadís fué muy alegre con estas nuevas, porque el caballero fuera contra el Soberbio y que podria vengar su saña teniendo derecho, é porque la batalla se haria adelante su señora Oriana, é comenzó á pensar en ello muy firmemente. Las doncellas pararon mientes en su cuidado, é la una dellas dijo: «Señor caballero, ruégoos yo mucho por cortesía que nos digais la razon de vuestro pensamiento, si buenamente decir se puede.—Amigas, dijo él, si me vos prometeis, como leales doncellas, de me tener poridad de á ninguno lo decir, yo os lo diré de grado.» Ellas se lo otorgaron, y él dijo: Yo me pensaba de combatir por aquella dueña que me dejistes, é así lo haré; mas no quiero que ninguno lo sepa.» Las doncellas se lo tovieron en mucho, pues que tanto se lo habian loado en armas, é dijeron: «Señor, vuestro pensamiento es bueno y de gran esfuerzo; Dios mande que venga á bien.» E fuéronse á dormir á sus tendejones, é á la mañana cabalgaron y entraron en su camino; é las doncellas le rogaron que, pues un viaje llevaban, y en aquella floresta andaban algunos hombres de mala suerte, que se no partiese de su compañía. El se lo otorgó.

Entonces se fueron de consuno, hablando en muchas cosas, é las doncellas le rogaron, pues que así Dios los habia juntado, que les dijese su nombre; él se lo dijo, y les encomendó que persona ninguna lo sopiese. Pues caminando como ois, albergando en despoblado, siendo viciosos en sus tiendas con la provision que las doncellas llevaban, acaescióles que vieron dos caballeros

armados so un árbol, que cabalgaban en sus caballos, y se pusieron ante ellos en el camino, y el uno dellos dijo al otro: «¿Cuál destas doncellas quereis vos? é tomaré yo la otra.—Yo quiero esta doncella, dijo el caballero.—Pues yo esta otra.» E tomó cada uno la suya. Amadís les dijo: «¿Qué es eso, señores? Qué quereis á las doncellas?» Dijeron ellos: «Facer como de nuestras amigas.—¿Tan ligeramente las quereis llevar, dijo él, sin les placer?—Pues ¿quién nos las tirará? dijeron ellos.—Yo, dijo Amadís, si puedo.» Entonces tomó su yelmo y escudo é lanza, é dijo: «Agora conviene que dejeis las doncellas.—Antes veréis, dijo el uno, cómo sé justar.» Y dejáronse ir ambos á gran correr de los caballos, é hiriéronse con sus lanzas bravamente. El caballero quebró su lanza, é Amadís lo hirió tan duramente, que lo derribó por cima del caballo, la cabeza ayuso é los piés arriba, y quebrándole los lazos del yelmo, le salió de la cabeza. El otro caballero vino contra él muy recio, é hirióle de guisa, que falsándole las armas, lo llagó, mas la llaga no fué grande, y quebró la lanza. Amadís erró el encuentro, é juntáronse uno con otro, así los caballos como los escudos; é Amadís trabó dél, é sacándolo de la silla, lo batió en tierra, é así quedaron los caballeros á pié é los caballos sueltos. Amadís tomó delante sí las doncellas, é fueron por su camino hasta que llegaron á una ribera, donde mandaron armar sus tendejones y que les diesen de comer; pero antes que él descendiese llegaron los caballeros con quien justara, é dijéronle: «Conviene que defendais las doncellas con la espada, así como con la lanza; si no, llevarlas hemos.—No llevaréis, dijo él, en tanto que las defender pueda.—Pues dejad la lanza, dijeron ellos, é hayamos la batalla.—Eso faré yo, dijo él, con que vengais uno á uno; é dando su lanza á Gandalin, echó mano á su espada, é fué al uno dellos, el que de herir mas se preciaba, é comenzaron su batalla; mas á poca de hora fué el caballero tan mal tratado, que á su compañero le convino socorrerle, aunque lo contrario prometiera; é Amadís, que lo vio, dijo: «¿Qué es eso, caballero? ¿No manteneis verdad? Dígovos que no os precio nada.» El caballero llegó holgado, é como era valiente, firió á Amadís de grandes golpes; mas él, que con ambos en la batalla se via, no quiso ser perezoso, é hirió á aquel que holgado llegara de toda su fuerza en el yelmo, é salió el golpe en soslayo; así que, bajó al hombro é cortóle las correas del arnés con la carne é huesos, é cayósele la espada de la mano. El caballero túvose por muerto, é comenzó de huir, é fué para el otro é dióle en el escudo al través en derecho del puño, é cortóle tanto, que llegó hasta la mano, y hendiósela hasta el brazo; y el caballero dijo: «¡Ay, Señor, muerto soy!» Entonces dejó caer la espada de la mano y el escudo del cuello, é Amadís le dijo: «No ha eso menester; que no os dejaré si no jurais que nunca tomaréis dueña ni doncella contra su voluntad.» El caballero lo juró luego, y él hízole meter la espada en la vaina y echar el escudo al cuello, y dejólo ir donde guareciese. Amadís se tornó á las doncellas donde estaban cabe los tendejones, é dijéronle: «Cierto, señor caballero, escarnidas fuéramos si por vos no fuera, en quien hay mas honra que cuidamos; y en gran

esperanza somos que, no solamente seréis satisfecho de las soberbias palabras que Dardan vos dijo, mas aun la dueña lo será de la gran afrenta en que está puesta, si la fortuna guiará que por ella tomeis la batalla.» Amadís hobo vergüenza porque así le loaban, y desarmándose, comieron é holgaron una pieza; é tornando á su camino, anduvieron tantopor él, que llegaron á un castillo, é ahí albergaron con una dueña que les mucha honra fizo.

E otro dia caminaron sin que cosa que de contar sea les acaeciese hasta que llegaron á Vindilisora, donde era el rey Lisuarte; y llegando cerca de la villa, dijo Amadís á las doncellas: «Amigas, yo no quiero ser de ninguno conocido, é hasta que venga el caballero á la batalla quedaré aquí en algun lugar encubierto; envid comigo un doncel destes que sepa de mí, y me llame cuando tiempo será.—Señor, dijeron ellas, de aquí al plazo no quedan sino dos dias; si os pluguiere quedarémos nosotros con vos, y ternémos en la villa quien nos diga cuando el caballero ahí será venido.—Así se haga,» dijo él. Entonces se apartaron del camino é hicieron armar sus tendejones junto cabe una ribera; é las doncellas dijeron que ellas querian llegar á la villa, é tornarse luego. Amadís cabalgó en su caballo así desarmado como estaba, é Gandalin con él, é fueron á un otero, donde á ellos les pareció que la villa mejor ver podrian, é allí cerca habia un gran camino. Amadís se asentó al pié de un árbol, é comenzó á mirar la villa, é vió las torres é los muros asaz altos, é dijo en su corazon: «¡Ay Dios! ¿dónde está allí la flor del mundo! ¡Ay villa! ¿cómo eres agora en gran alteza, por ser en tí aquella señora que entre todas las del mundo no ha par en bondad ni fermosura! é aun digo que es mas amada que todas las que amadas son, y esto probaré yo al mejor caballero del mundo,» si me della fuese otorgado.» Despues que á su señora hobo loado, un tan gran cuidado le vino, que las lágrimas fueron á sus ojos venidas, é falleciéndole el corazon, cayó en un tan gran pensamiento, que todo estaba estordecido, de guisa que de sí ni de otro sabia parte.

Gandalin vió venir por el gran camino una compañía de dueñas é caballeros, é que venian contra donde su señor estaba, é fué á él é díjole: «Señor, ¿no veis esta compañía que aquí viene?» Mas él no respondió nada, é Gandalin le tomó por la mano, é tiróle contra sí, y él acordó, suspirando muy fuertemente, é la faz toda mojada de lágrimas, á díjole Gandalin: «Así me ayude Dios, Señor, mucho me pesa de vuestro pensar; que tomais tal cuidado cual otro caballero del mundo no tomaria, é debriades haber duelo de vos, é tomar esfuerzo como en las otras cosas tomais.» Amadís le dijo: «Ay amigo Gandalin, ¡qué sufre mi corazon! Si me tú amas, sé que antes me consejarias muerte que viviren tan gran cuita, deseando lo que no veo.» Gandalin no se pudo sufrir de no llorar, é díjole: «Señor, esto es gran mala ventura, amor tan entrañable; que así me ayude Dios, yo creo que no hay tan buena ni tan hermosa que á vuestra bondad igual sea y que la no hayais.» Amadís, que esto le oyó, fué muy sañado é dijo: «¡Vé, loco sin sentido! ¿cómo osas decir tan gran desvario? ¿habia yo de valer, ni otro ni uno tanto como aquella LC.

en quien todo el bien del mundo es? E si otra vez lo dices, no irás conmigo un paso.» Gandalin dijo: «Alimpiad vuestros ojos, é no os vean así aquellos que vienen.—¿Cómo! dijo él, ¿viene alguno?—Sí,» dijo Gandalin. Entonces le mostró las dueñas é los caballeros que ya cerca del otero venian. Amadís cabalgó en su caballo é fué contra ellos é saluólos, y ellos á él, é vió entre ellos una dueña asaz hermosa é bien guarnecida, que muy fieramente lloraba. Amadís le dijo: «Dueña, Dios os haga alegre.—E á vos dé honra, dijo ella, que alegría tengo agora mucho alongada, si me Dios remedio no pone.—Dios le ponga, dijo él; mas ¿qué cuita es la que habeis?—Amigo, dijo ella, tengo cuanto he en aventura é prueba de una batalla. Y él entendió luego que aquella era la dueña que le dijeron, é díjole: «Dueña, ¿habeis quien por vos la haga?—No, dijo ella, é mi plazo es mañana.—Pues ¿cómo cuidais en ello hacer? dijo él.—Perder cuanto he, dijo ella, si en casa del Rey no hay alguno que haya de mí duelo y tome esta batalla por merced é por mantener derecho.—Dios dé buen remedio, dijo Amadís, que me placiera mucho, así por vos como porque desamo ese que contra vos es.—Dios os haga hombre bueno, dijo ella, y dé á vos é á mí presto dél venganza.» Amadís se fué á sus tendejones, é la dueña con su compañía á la villa, é las doncellas llegaron á poco rato é contáronle cómo Dardan era ya en la villa, bien ataviado de facer su batalla; é Amadís les contó cómo halló la dueña é lo que pasaron. Aquella noche holgaron, é al alba del dia las doncellas se levantaron é dijeron á Amadís cómo se iban á la villa, y que le enviarian decir lo que hacia el caballero. «Con vos quiero ir, dijo él, por estar mas llegado, é cuando Dardan al campo saliere venga la una á me lo decir.» E luego se armó, y se fueron todos de consuno, é seyendo cerca de la villa, quedó Amadís al cabo de la floresta, é las doncellas se fueron. El descabalgó de su caballo, é tiró el yelmo y el escudo, y estovo esperando, y seria esto al salir del sol.

A esta hora que ois cabalgó el rey Lisuarte con gran compañía de hombres buenos, y fuése á un campo que habia entre la villa é la floresta, é allí vino Dardan muy armado sobre un hermoso caballo, é traia á su amiga por la rienda lo mas ataviada que él llevarla pudo; é así se paró con ella ante el rey Lisuarte, é dijo: «Señor, manda entregar á esta dueña de aquello que debe ser suyo, é si hay caballero que diga que no, yo lo combatiré.» El rey Lisuarte mandó luego á la otra dueña llamar, é vino ante él, é díjole: «Dueña, ¿habeis quien se combata por vos?—Señor, no,» dijo ella llorando. El Rey hobo della muy gran duelo, porque era buena dueña. Dardan se paró en la plaza donde habia de atender fasta hora de tercia así armado, é si no viniese á él ningun caballero, darle—y—a el Rey su juicio, que así era costumbre. Cuando las doncellas así lo vieron, fué la una cuanto mas pudo á lo decir á Amadís; él cabalgó, é tomando sus armas, dijo á Gandalin é á la doncella que se fuesen por otra parte, y que si él á su honra de la batalla se partiese, que se fuesen á los tendejones, que allí acudiria él; é luego salió de la floresta todo armado y encima de un caballo blanco, y él se iba hácia donde era Dardan, aderezando sus armas. Cuando el Rey é los de la

villa vieron al caballero salir de la floresta, mucho se maravillaron quién sería, que ninguno lo pudo conocer; mas decían que nunca vieron caballero que tan hermoso pareciese armado é á caballo. El Rey dijo á la dueña reutada: «Dueña, ¿quién es aquel caballero que quiere sostener vuestra razón?—Así me ayude Dios, dijo ella, no sé, que le nunca vi que me miembro.» Amadís entró en el campo donde estaba Dardan, é dijole: «Dardan, agora manten razón de tu amiga, que yo defenderé la otra dueña con la ayuda de Dios, é quitarme he de lo que te prometí.—Y ¿qué me prometistes? dijo él.—Que me combatiría contigo, dijo Amadís, y esto fué por saber tu nombre cuando fueste villano contra mí.—Agora vos precio menos que ante, dijo Dardan.—Agora me no pesa de cosa que me digais, dijo Amadís; que cerca estoy de me vengar, dándome Dios ventura.—Pues venga la dueña, dijo Dardan, é otórguete por su caballero, é véngate, si pudieres.» Entonces llegó el Rey é los caballeros por ver lo que pasaba, é Dardan dijo á la dueña: «Este caballero quiere la batalla por vos, ¿otórguisme vuestro derecho?—Otorgo, dijo ella, é Dios le dé ende buen galardón.» El Rey miró Amadís, é vió que tenía el escudo falsado por muchos lugares, é al derredor cortado de golpes de espada, é dijo contra los otros caballeros: «Si aquel caballero extraño demandase escudo, dársele y-an con derecho.» Mas tanto había Amadís la cuita de se combatir con Dardan, que en otro no tenía mientes; teniendo aquellas sucias palabras que le dijera en la memoria muy mas frescas y recientes que cuando pasaron; en que todos debían tomar ejemplo y poner freno á sus lenguas, especialmente con los que no conocen, porque de lo semejante muchas veces ha acaescido grandes cosas de notar.

El Rey se tiró afuera, é todos los otros, é Dardan é Amadís movieron contra sí de lueño, é los caballos eran corredores é ligeros, yellos de gran fuerza, que se hirieron con sus lanzas tan bravamente, que sus armas todas falsaron, mas ninguno no fué llagado, é las lanzas fueron quebradas, yellos se juntaron de los cuerpos de los caballos é con los escudos tan bravamente, que maravilla era, é Dardan fué en tierra de aquella primera justa; mas de tanto le vino bien, que llevó las riendas en la mano, é Amadís pasó por él; é Dardan se levantó ahína é cabalgó como aquel que era muy ligero, y echó mano á su espada muy bravamente. Cuando Amadís tornó fácia él su caballo viólo estar de manera de lo acometer, y echó mano á la espada, é fuéronse ambos á acometer tan bravamente, que todos se espantaban en ver tal batalla, é las gentes de la villa estaban por las torres é por el muro é por los lugares donde los mejor podían ver combatir; é las casas de la Reina eran sobre el muro, é había hí muchas finiestras, donde estaban muchas dueñas é doncellas, é vian la batalla de los caballeros, que les parecía espantosa de ver; que ellos se herían por cima de los yelmos, que eran de fino acero; de manera que á todos parecía que les ardían las cabezas, segun el gran fuego que de ellos salía; y de los arneses é otras armas hacían caer en tierra muchas piezas é mallas, é muchas rajás de los escudos. Así que, su batalla era tan cruda, que muy gran espanto tomaban los que la vian; mas ellos no quedaban de se

herir por todas partes, é cada uno mostraba al otro su fuerza é ardimento. El rey Lisuarte, que los miraba, como quiera que por muchas cosas de afrenta pasado hobiese por su persona é visto por sus ojos, todo le parescía tanto como nada, é dijo: «Esta es la mas brava batalla que hombre vió, é quiero saber qué fin habrá, é haré figurar en la puerta de mi palacio á aquel que la victoria hobiere, que lo vean todos aquellos que hobiéren de ganar honra. Andando los caballeros con mucho ardimento en su batalla, como oides, hiriéronse de muy grandes golpes sin solo un poco holgar. Amadís, que mucha saña tenía de Dardan, y que en aquella casa de aquel rey, donde su señora era esperaba morar, porque por su mandado la sirviese, viendo que el caballero tanto se le detenía, comenzóle á cargar de grandes é duros golpes, como aquel que si alguna cosa valía, allí mas que en otra parte donde su señora no fuese lo quería mostrar; de manera que antes que la tercia llegase conocieron todos que Dardan había lo peor de la batalla; pero no de manera que se no defendiese tan bien, que no estaba allí tan ardid que con él se osase combatir; mas todo no valía nada, que el caballero extraño no hacía sino mejorar en fuerza é ardimento, y heríalo tan fuertemente como en el comienzo; que todos decían que nada le menguaba sino su caballo, que ya no era tan valiente como era menester; é otrosí aquel con quien se combatía, que muchas veces tropezaban é ahinojaban con ellos que á duro los podían sacar de paso; é Dardan, que mejor se cuidaba combatir de pié que de caballo, dijo á Amadís: «Caballero, nuestros caballos nos fallecen, que son muy cansados, y esto hace durar mucho nuestra batalla; yo creo que si anduviésemos á pié, que rato hobiese que te habría conquistado.» Esto decía tan alto, que el Rey é cuantos con él eran lo oían, y el caballero extraño hobo ende muy gran vergüenza é dijo: «Pues te tú crees mejor te defender de pié que de caballo, apeémonos é defiéndete, que lo has mucho menester, aunque no me parece que caballero debe dejar su caballo en cuanto pudiere estar en él.» Así que, luego descendieron de los caballos sin mas tardar, é tomó cada uno lo que quedaba de su escudo, é con gran ardimento se dejaron ir el uno al otro, é firiéronse muy mas bravamente que ante, que era maravilla de los mirar; pero de mucho había muy gran mejoría el caballero extraño, que se podía mejor á él llegar, y heríalo de muy grandes golpes é muy á menudo, que no le dejaba holgar; pero veía que le era menester, é muchas veces lo hacía revolver de uno y otro cabo, é algunas ahinojar; tanto, que todos decían: «Locura demandó Dardan cuando quiso descender á pié con el caballero, que se no podía á él llegar en su caballo, que era muy cansado.» Así traía el caballero extraño á Dardan á toda su voluntad, que ya pugnaba mas en se guardar de los golpes que en herir, é fuése tirando afuera contra el palacio de la Reina é las doncellas, é todos decían que moriría Dardan si mas en la batalla porfiase. Cuando fueron debajo de las finiestras decían todos: «Santa María! muerto es Dardan.» Entonces oyó hablar Amadís á la doncella de Denamarca, é conocióla en la fabla, é cató suso é vió á su señora Oriana, que estaba á una finiestra, é la doncella contóle así como la vido, así la es-

pada se le revolvió en la mano, é su batalla é todas las otras cosas le fallecieron por la ver. Dardan hobo ya cuanto de vagar, é vió que su enemigo cataba á otra parte, é tomando la espada con las ambas manos, dióle un tal golpe por cima del yelmo, que gelo hizo torcer en la cabeza. Amadís por aquel golpe no dió otro, ni hizo sino enderezar su yelmo, é Dardan lo comenzó á herir por todas partes. Amadís lo feria pocas veces, que tenía el pensamiento mudado en mirar á su señora. A esta hora comenzó á mejorar Dardan y él á empeorar, é la doncella de Denamarca dijo: «En mal punto vió aquel caballero acá alguna; que así perdiendo, hizo cobrar á Dardan, que al punto de la muerte llegado era. Ciertó no debiera el caballero á tal hora su obra fallecer.» Amadís, que lo oyó, hobo tan gran vergüenza, que quisiera ser muerto, con temor que creeria su señora que había en él cobardía, y dejóse ir á Dardan é hiriólo por cima del yelmo de tan fuerte golpe, que le hizo dar de las manos en tierra, é tomóle por el yelmo é tiró tan recio, que gelo sacó de la cabeza, é dióle con él tal herida, que le hizo caer atordido, é dándole con la manzana del espada en el rostro, le dijo: «Dardan, muerto eres si á la dueña no das por quita.» El le dijo: «Ay caballero! merced, no muera; yo la dó por quita.» Entonces se llegó el Rey é los caballeros, é lo oyeron. Amadís, que con vergüenza estaba de lo que le aconteciera, fué á cabalgar en su caballo, y dejóse ir lo mas que pudo contra la floresta. El amigo de Dardan llegó allí donde él tan mal trecho estaba é dijole: «Dardan, de hoy mas no me cates por amiga vos ni otro que en el mundo sea, sino aquel buen caballero que agora hizo esta batalla.—¿Cómo! dijo Dardan, ¿yo soy por tí vencido y escarnido, é quiérsme desamparar por aquel que en tu daño y en mi deshonra fué? Por Dios, bien eres mujer, que tal cosa dices, é yo te daré el galardón de tu aleve.» Y metiendo mano á su espada, que aun tenía en su cinta, dióle con ella tal golpe, que le echó la cabeza á los piés; despues desto, estuvo un poco pensando é dijo: «Ay cativo! ¿qué hice, que maté la cosa del mundo que mas amaba! Mas yo vengaré su muerte. E tomando la espada por la punta, la metió por sí, que lo no pudieron acorrer, aunque se en ello trabajaron; é como todos se llegasen á lo ver por maravilla, no fué ninguno en pos de Amadís para lo conocer; mas de aquella muerte plugo mucho á todos los mas; porque aunque este Dardan era el mas valiente y esforzado caballero de toda la Gran Bretaña, su soberbia é mala condición facían que lo no emplease sino en injuria de muchos, tomando las cosas desaforadas, teniendo en mas su fuerza é gran ardimento del corazón que el juicio del Señor muy alto, que con muy poco del su poder face que los muy fuertes de los muy flacos vencidos y deshoprados sean.

CAPITULO XIV.

Cómo el rey Lisuarte hizo sepultar á Dardan é á su amiga, é hizo poner en su sepultura letras que decían la manera cómo eran muertos.

Así esta batalla vencida, en que Dardan é su amiga tan crueles muertes hobiéron, mandó el Rey traer dos monumentos, é fizolos poner en pedras de piedra, é

allí pusieron á Dardan é su amiga en el campo donde de la batalla fuera, con letras que como había pasado señalaban; é despues á tiempo fué allí puesto el nombre de aquel que lo venció, como adelante se dirá, é preguntó el Rey qué se hiciera del caballero extraño; mas no le supieron decir sino que se fuera al mas correr de su caballo contra la floresta. «Ay! dijo el Rey, ¿quién tal hombre en su compañía haber pudiese! que, demás del su gran esfuerzo, yo creo que es muy mesurado, que todos oistes el aviltamiento que le dijo Dardan, é aunque en su poder lo tuvo, no quiso matarlo, pues bien creo yo que entendió él en el talante del otro que no le hobiera merced sino así lo tuviera.» En esto fablando, se fué á su palacio, fablando él y todos del caballero extraño. Oriana dijo á la doncella de Denamarca: «Amiga, sospecho en aquel caballero que aquí se combatió que es Amadís, que ya tiempo sería de venir; que pues le envié mandar que se viniese, no se deternía.—Ciertó, dijo la doncella, yo creo que él es, é yo me debiera hoy membrar cuando vi el caballero que traía un caballo blanco, que sin falla un tal le dejé yo cuando de allá partí.—¿Luego, dijo, conocistes qué armas traía?—No, dijo ella; que el escudo era des-pintado de los golpes, mas parescióme que había el campo de oro.—Señora, dijo la doncella, él tuvo en la batalla del rey Abies un escudo que había el campo de oro, é dos leones azules en él, alzados uno contra otro. Mas aquel escudo fué allí todo desfecho, é mandó hacer luego otro tal, é díjome que aquel traería cuando acá viniese, y creo que aquel es.—Amiga, dijo Oriana, si es este, ó verná ó enviará á la villa; é vos salid allá mas léjos que soleis, por ver si fallaréis su mandato.—Señora, dijo ella, así lo haré.» E Oriana dijo: «Ay Dios! ¿qué merced me fariades si él fuese, porque agora terné lugar de le poder hablar!» Así pasaron su habla las dos; é torna á contar de Amadís lo que le avino.

Cuando Amadís partió de la batalla fué por la floresta tan ascondidamente, que ninguno supo del nueva, y llegó tarde á los tendejones, donde falló á Gandalin é á las doncellas, que tenían guisado de comer; é descendiendo del caballo, lo desarmaron, é las doncellas le dijeron cómo Dardan matara á su amiga y despues á sí; por cuál razón él se santiguó muchas veces de tan mal caso, é luego se sentaron á comer con mucho placer; pero Amadís nunca partía de su memoria cómo haría saber á su señora su venida, y qué le mandaba hacer. Alzados los manteles, levantóse, é apartando á Gandalin, le dijo: «Amigo, véte á la villa é trabaja como veas á la doncella de Denamarca, y sea muy escondidamente, é dile cómo yo soy aquí; que me envíe á decir qué haré.» Gandalin acordó, por ir mas encubierto, de se ir á pié, é así lo hizo; y llegando á la villa, fué al palacio del Rey, é no estuvo hí mucho que vió la doncella de Denamarca, que no facía sino ir y venir. El se llegó á ella é saludóla, y ella á él, é católo mas, é vió que era Gandalin é dijole: «Ay, mi amigo, tú seas muy bien venido; y ¿dónde es tu señor?—Ya hoy fué tal hora que lo vistes, dijo Gandalin, que él fué el que venció la batalla, y déjole en aquella floresta ascondido, y envíame á vos que le digais

qué hará. — El sea bien venido á esta tierra, dijo ella; que su señora será con él muy alegre, é vénte en pos de mí, é si alguno te preguntare, di que eres de la reina de Escocia, que traes su mandado á Oriana, y que vienes á buscar á Amadís, que es en esta tierra, para andar con él; é así quedarás despues en su compañía sin que ninguno sospeche nada. Así entraron en el palacio de la Reina, é la doncella dijo contra Oriana: «Señora, veis aquí un escudero que vos trae mandado de la reina de Escocia.» Oriana fué ende muy alegre, é mucho mas cuando vió que era Gandalin, é fincando los hinojos ante ella, le dijo: «Señora, la Reina os envia mucho á saludar, como aquella que os ama y precia, é á quien placiera de vuestra honra, y no fallecería por ella de la acrecentar. — Buena ventura haya la Reina, dijo Oriana, é mucho agradezco sus encomiendas; vénte á esta finiestra, y decirme las mas.» Entonces se apartó con él, é fizole sentar cabe sí é dijole: «Amigo, ¿dónde dejas á tu señor? — Déjole en aquella floresta, dijo él, onde se fué anoche cuando venció la batalla. — Amigo, dijo ella, ¿qué es dél, así hayas buena ventura? — Señora, dijo él, es dél lo que vos quisiéredes, como aquel que es todo vuestro, é por vos muere, é su alma padece lo que nunca caballero.» E comenzó de llorar é dijo: «Señora, él no pasará vuestro mandado por mal ni por bien que le avenga; é por Dios, Señora, habed dél merced, que la cuita que hasta aquí sufrió en el mundo no hay otro que la sufrir pudiese; tanto, que muchas veces esperé caerme delante muerto, habiendo ya el corazon deshecho en lágrimas; é si él hobiese ventura de vivir, pasaria á ser el mejor caballero que nunca armas trajo; é por cierto, segun las grandes cosas que por él, desde que fué caballero, han pasado á su honra, así lo es agora; mas á él falleció ventura cuando os conoció, que morirá antes de su tiempo, é cierto mas le valiera morir en la mar, donde fué lanzado, sin que sus parientes le conocieran, pues que le ven morir sin que socorrieren le puedan.» Y no hacia sino llorar, é dijo: «Señora, cruda será esta muerte de mi señor, é mucho se dolerán dél si así sin socorro alguno padeciese mas de lo pasado.» Oriana dijo llorando é apretando sus manos é sus dedos unos con otros: «¡Ay amigo Gandalin! ¡por Dios cállate, no me digas ya mas! que Dios sabe cómo me pesa, si crees tú lo que dices; que antes yo mataria mi corazon é todo mi bien, é su muerte querria yo tan á duro como quien un dia solo no viviria si él muriese; é tú culpas á mí porque sabes la su cuita, é no la mía; que si la sopieses, mas te dolerías de mí, é no me culparías; pero no pueden las personas acorrer en lo que desean, antes aquello acaece de ser mas desviado, quedando en su lugar lo que les agravia y enoja; é así viene á mí de tu señor, que sabe Dios, si yo pudiese, con qué voluntad ponia remedio á sus grandes deseos é míos.» Gandalin le dijo: «Haced lo que debéis si lo amais; que él os ama sobre todas las cosas que hoy son amadas; y, Señora, agora le mandad cómo haga.» Oriana le mostró una huerta que era de yuso de aquella finiestra donde fablaban é dijole: «Amigo, vé á tu señor é dile que venga esta noche muy ascondido, y entre en la huerta, é aquí debajo es la cámara donde yo é Mabilia dormimos, que tiene cerca de tierra una

finiestra pequeña con una redecilla de fierro, é por allí le hablarémos, que ya Mabilia sabe mi corazon.» E sacando un anillo muy hermoso de su dedo, le dió á Gandalin que lo llevase á Amadís, porque ella lo amaba mas que otro anillo que tuviese, é dijo: «Antes que te vayas verás á Mabilia, que te sabrá muy bien encobrir, que es muy sabida, y entrambos diréis que le traeis nuevas de su madre; así que, no sospecharán ninguna cosa.»

Oriana mandó llamar á Mabilia que viese aquel escudero de su madre, é cuando ella vió á Gandalin, entendió bien la razon, é Oriana se fué á la Reina, su madre, la cual le preguntó si aquel escudero se tornaria presto á Escocia, porque con él enviaria donas á la Reina. «Señora, dijo ella, el escudero viene á buscar á Amadís, el hijo del rey de Gaula, el buen caballero de que aquí mucho hablan. — E ¿ónde es ese? dijo la Reina. — El escudero dice, dijo ella, que há mas de diez meses que falló nuevas que venia para acá, é maravillase cómo no lo halla. — Así Dios me ayude, dijo la Reina, á mí placiera mucho de ver tal caballero en compañía del Rey mi señor, que le seria gran descanso en los muchos hechos que de tantas partes le salen; é yo os digo que si él aquí viene, que no quedará de ser suyo por cosa que él demandare y el Rey pueda complir. — Señora, dijo Oriana, de su caballería no sé mas de lo que dicen; mas dígoos que era el mas fermoso doncel que se sabia al tiempo que en la casa del rey de Escocia servia ante mí é ante Mabilia é ante otras.» Mabilia, que con Gandalin quedara, dijole: «Amigo, ¿es ya tu señor en esta tierra? — Señora, dijo él, sí, é mandavos mucho saludar, como á la prima del mundo que mas ama; y él fué el caballero que aquí venció la batalla. — ¡Ay señor Dios! dijo ella, ¡bendito seas porque tan buen caballero feciste en nuestro linaje, é nos le diste á conocer!» Luego dijo á Gandalin: «Amigo, ¿qué es dél? — Señora, dijo él, seria bien si fuerza de amor no fuese, que nos lo tiene muerto; é por Dios, Señora, acorredle é ayudalde; que verdaderamente si algun descanso no ha en sus amores, perdido es el mejor caballero que hay en vuestro linaje ni en todo el mundo. — Por mí no fallecerá, dijo ella, en lo que yo pudiese; agora te vé é saludámelo mucho, é dile que venga, como mi señora manda, é tú podrás hablar con nosotras, como escudero de mi madre, cada que menester será.»

Gandalin se partió de Mabilia con aquel recaudo que á su señor llevaba, y él le atendia, esperando la vida ó la muerte, segun las nuevas trajese, que sin falta á aquella sazón era tan cuitado, que sus fuerzas no bastaban para se sufrir, que el gran descanso que en se ver tan cerca donde su señora era habia recibido se le habia tornado en tanto deseo de la ver, é con el deseo, en tanta cuita y congoja que era llegado al punto de la muerte; é como vió venir á Gandalin, fué contra él y dijo: «Amigo Gandalin, ¿qué nuevas me traes? — Señor, buenas, dijo él. — ¿Viste la doncella de Denamarca? — Sí vi. — E ¿supiste della lo que he de hacer? — Señor, dijo él, mejores son las nuevas que vos pensais.» El se estremeció todo de placer é dijo: «Por Dios, dímelas ahina.» Gandalin le contó todo lo que con su señora pasara, é las hablas que pasaron ambos, é lo que su prima Mabilia le dijo, é la habla que concertada

dejaba; así que, nada quedó que le no dijese. El placer grande que él desto hobo, ya lo podeis considerar, é dijo á Gandalin: «Mi verdadero amigo, tú fuiste mas sabido é osado en mi hecho que lo yo fuera; y esto no es de maravillar, que lo uno é lo otro tiene muy acabadamente tu padre; é agora me di si sabes bien el lugar donde mandó que yo fuese. — Sí, Señor, dijo él; que Oriana me lo mostró. — ¡Ay Dios! dijo Amadís, ¿cómo serviré yo á esta señora la gran merced que me hace? Agora no sé por qué de mí cuita me queje.» Gandalin le dió el anillo é dijo: «Tomad este anillo, que os envia vuestra señora, porque era el que ella mas amaba.» El lo tomó, viniéndole las lágrimas á los ojos, é besándolo, le puso en derecho del corazon, y estuvo una pieza que hablar no pudo; otrosí metiólo en su dedo é dijo: «¡Ay anillo! ¿cómo anduviste en aquella mano que en el mundo otra que, tanto valiese hallar se podría! — ¡Señor, dijo Gandalin, id vos á las doncellas é sed alegre, porque este cuidado os destruye é podrá hacer mucho daño en vuestros amores.» El así lo fizó, y en aquella cena habló mas é con mas placer que solia, de que ellas eran muy alegres; que este era el caballero del mundo mas gracioso é agradable cuando el pensamiento é pesar no le daba estorbo; é venida la hora del dormir, acostáronse en sus tendejones, como solian; mas viniendo el tiempo conveniente, levantóse Amadís é halló que Gandalin tenia ya los caballos ensillados é sus armas aparejadas. E armóse, que no sabia cómo le podría acontecer, é cabalgando, se fueron contra la villa, y llegando á un monton de árboles que cerca de la huerta estaban, que Gandalin ese dia habia mirado, descabalgaron é dejaron allí los caballos, é fuéronse á pié, y entraron en la huerta por un portillo que las aguas habian hecho, é llegando á la finiestra, llamó Gandalin muy paso. Oriana, que se no cuidó de dormir, que lo oyó, levantóse é llamó Mabilia é dijole: «Creo que aquí es vuestro primo. — Mi primo es él, dijo ella; mas vos habeis en él mas parte que todo su linaje.» Entonces se fueron ambas á la finiestra, é pusieron dentro unas candelas que gran lumbre daban, é abriéronla. Amadís vió á su señora á la lumbre de las candelas, pareciéndole tanto de bien, que no hay persona que creyese que tal hermosura en ninguna mujer del mundo podría caber; y ella era vestida de unos paños de seda india, obrada de flores de oro muchas y espesas, y estaba en cabellos, que los habia muy fermosos á maravilla, é no los cobria sino con una guirnalda muy rica; é cuando Amadís así la vió estremecióse todo con el gran placer que en verla hobo, y el corazon le saltaba mucho, que holgar no podía. Cuando Oriana así lo vió llegóse á la finiestra é dijo: «Mi señor, vos seais muy bien venido á esta tierra, que mucho os hemos deseado, é habido gran placer de vuestras nuevas buenas venturas, así en las armas como en el conocimiento de vuestro padre é madre.» Amadís cuando esto oyó, aunque atónito estaba, esforzándose mas que para otra afrenta ninguna, dijo: «Señora, si mi discrecion no bastare á satisfacer la merced que me decis, é la que me fecistes en la enviada de la doncella de Denamarca, no os maravilleis dello, porque el corazon muy turbado y de sobrado amor pre-

so no deja la lengua en su libre poder; y porque así como con vuestra sabrosa membranza todas las cosas sojuzgar pienso, así con vuestra vista soy sojuzgado, sin quedar en mí sentido alguno para que en mi libre poder sea; é si yo, mi señora, fuese tan dino, ó mis servicios lo mereciesen, demandar vos—y—á piedad para este tan atribulado corazon, antes que del todo con las lágrimas deshecho sea; é la merced que vos, Señora, pido, no para mí descanso, que las cosas verdaderamente amadas cuanto mas dellas se alcanza, mucho mas el deseo é cuidado se aumenta é crece, mas porque feneciendo del todo, feneceria aquel que en al no piensa sino en vos servir. — Mi señor, dijo Oriana, todo lo que me decis creo yo sin duda, porque mi corazon en lo que siente me muestra ser verdad; pero dígovos que no tengo á buen seso lo que faceis, en tomar tal cuita, como Gandalin me dijo, porque dello no puede redundar sino ó ser causa de descubrir nuestros amores, de que tanto mal nos podria ocurrir, ó que feneciendo la vida del uno, la del otro sostener no se pudiese; é por esto vos mando, por aquel señorío que sobre vos tengo, que poniendo templanza en vuestra vida, la pongais en la mia, que nunca piensa sino en buscar manera como vuestros deseos hayan descanso. — Señora, dijo él, en todo haré yo vuestro mandado sino en aquello que mis fuerzas no bastan. — E ¿qué es eso? dijo ella. — El pensamiento, dijo él; que mi juicio no puede resistir aquellos mortales deseos de quien cruelmente es atormentado. — Ni yo no digo, dijo ella, que del todo lo aparteis, mas que sea con aquella medida, que os no dejeis así parecer ante los hombres buenos, porque la vida asolando, ya conoceis lo que se ganará, como tengo dicho; é, mi señor, yo vos digo que quedeis con mi padre si os lo rogare él, porque las cosas que vos ocurrieren hagais por mí mandado; é de aquí adelante hablád conmigo sin empacho, diciéndome las cosas que vos mas agradaren; que yo haré lo que mi posibilidad fuere. — Señora, dijo él, yo soy vuestro é por vuestro mandado vine; no haré sino aquello que mandais.» Mabilia se llegó é dijo: «Señora, dejadme haber alguna parte dese caballero. — Llegad, dijo Oriana; que verlo quiero en tanto que con él fablais.» Entonces le dijo: «Señor primo, vos seais muy bien venido; que gran placer nos habeis dado. — Señora prima, dijo él, é vos muy bien fallada; que en cualquiera parte que os yo viese era obligado á os querer é amar, é mucho mas en esta, donde acatando el deudo, habréis piedad de mí.» Dijo ella: «En vuestro servicio porné yo mi vida é mis servicios; pero bien sé, segun lo que desta señora conocido tengo, que excusados pueden ser.» Gandalin, que la mañana vido llegar, dijo: «Señor, como quiera que vos dello no plega, el dia, que cerca viene, nos costrñe á partir de aquí.» Oriana dijo: «Señor, agora vos id, é faced como vos he dicho.» Amadís, tomándole las manos, que por la red de la ventana Oriana fuera tenia, limpiándole con ellas las lágrimas que por el rostro le caian, besándole muchas veces, se partió dellas, é cabalgando en sus caballos, llegaron antes que el alba rompiese á los tendejones, donde desarmándose, fué en su lecho acostado, sin que de ninguno sentido fuese.

Las doncellas se levantaron, é la una quedó por hacer compañía á Amadís, é la otra se fué á la villa, é sabed que ambas eran hermanas é primas hermanas de la dueña por quien Amadís la batalla ficiera. Amadís durmió fasta ser el sol salido, é levantándose, llamó á Gandalin é mandó que se fuese á la villa, así como su señora é Mabilia lo habian mandado. Gandalin se fué, é Amadís quedó hablando con la doncella, é no tardó mucho que vió venir la otra que á la villa fuera llorando fuertemente, é al mas andar de su palafren. Amadís dijo: «¿Qué es eso, mi buena amiga? ¿Quién vos hizo pesar? Que si Dios me ayude, ello será muy bien emendado si ante no pierdo el cuerpo.» Señor, dijo ella, en vos es todo el remedio.—Agora lo decid, dijo él, é si os no diere derecho, otra vez no fagais compañía á caballero extraño.» Cuando esto oyó la doncella, díjole: «Señor, la dueña nuestra prima, por quien la batalla fecistes, está presa; que el Rey le manda que faga allí ir al caballero que por ella se combatió; si no, que no salirá de la villa en ninguna guisa; é bien sabeis vos que lo no puede hacer, que nunca fué sabidora de vos; y el Rey vos manda buscar por todas partes con mucha saña contra ella, creyendo que por su sabiduría sois escondido.—Mas quisiera, dijo él, que fuera de otra guisa, porque yo no soy de tanta nombradía para me hacer conocer á tan alto hombre; é digovos que aunque todos los de su casa me fallaran, yo no diera un paso solo para ir allá, si por fuerza no; mas no puedo estar de no hacer lo que quisiédes, que mucho vos amo é precio.» Ellas se le fincaron de hinojos delante, gradesciéndogelo mucho. «Agora se vaya, dijo ella, una de vos á la dueña é dígale que saque partido del Rey, que no demandará al caballero cosa contra su voluntad; é yo seré allí mañana á la tertia.» La doncella se tornó luego, é dijogelo á la dueña, con que la hizo muy alegre, é fuése ante el Rey, y díjole: «Señor, si otorgais que no pediréis cosa al caballero contra su voluntad, será aquí mañana á tertia; é si no, ni le habré yo, ni vos le conoceréis; que si Dios me ayude, yo no sé quién es, ni por cuál razon por mí se quiso combatir.» El Rey lo otorgó, que gran gana habia de lo conocer. Con esto se fué la dueña, é las nuevas sonaron por el palacio é por la villa, diciendo: «Aquí será mañana el buen caballero que la batalla venció.» E todos habian dello gran placer, porque desamaban á Dardan por su soberbia é mala condicion; é la doncella se tornó á Amadís, é le dijo cómo el partido era otorgado por el Rey como la dueña lo pidió.

CAPITULO XV.

Cómo Amadís se dió á conocer al rey Lisuarte é á los grandes de su corte, é fué de todos muy bien recibido.

Amadís folgó aquel dia con las doncellas, é otro dia por la mañana armóse, é cabalgando en su caballo, solamente llevando consigo las doncellas, se fué á la villa, y el Rey estaba en su palacio; é Amadís se fué á la posada de la dueña, é como lo vió, fincó los hinojos é dijo: «Señor, cuanto yo he vos me lo distes.» El le dijo: «Dueña, vamos ante el Rey, é dándoos por quita, podré yo volver donde tengo de ir.» Entonces se quitó el yelmo, é tomó la dueña é las doncellas, é fuése al

palacio, é por do iban decian: «Este es el caballero que venció á Dardan.» El Rey, que lo oyó, salió á él, é cuando le vió fué contra él é díjole: «Amigo, seais bien venido; que mucho habeis sido deseado.» Amadís fincó los hinojos é dijo: «Señor, Dios os dé alegría.» El Rey lo tomó por la mano é dijo: «Si me ayude Dios, sois buen caballero.» E Amadís se lo tuvo en merced, é dijo: «¿Es la dueña quita?—Si, dijo él.—Señor, dijo Amadís, creed que la dueña nunca supo quién la batalla hizo sino agora.» Mucho se maravillaban todos de la gran fermosura de Amadís, é cómo siendo tan mozo pudo vencer á Dardan, que tan esforzado era, que en toda la Gran Bretaña le temian. Amadís dijo al Rey: «Señor, pues vuestra voluntad es satisfecha é la dueña quita, á Dios quedeis encomendado, é vos sois el rey á quien yo ante serviria.—¡Ay amigo! dijo el Rey, esta ida no faréis vos tan presto, si me no quisiédes hacer gran pesar.» Dijo él: «Dios me guarde deso; antes tengo en corazon de os servir, si yo fuese tal que lo mereciese.—Pues así es, dijo el Rey, ruégoos mucho que quedeis hoy aquí.» El lo otorgó, sin mostrar que le placia. El Rey lo tomó por la mano é llevólo á una cámara, donde le hizo desarmar, é donde todos los otros caballeros que allí de gran cuenta venian se desarmaban; que este era el Rey que mas los honraba é mas dellos tenia en su casa; é fizole dar un manto que cobriese, é llamando al rey Arban de Norgales é al conde de Glocestre, díjoles: «Caballeros, faced compañía á este caballero, que bien parece de compañía de hombres buenos.» Y él se fué á la Reina é díjole que tenia en su casa al buen caballero que la batalla venciera. «Señor, dijo la Reina, mucho me place; é ¿sabeis cómo ha nombre?—No, dijo el Rey; que por el prometimiento que fice no lo he osado preguntar.—Por ventura, dijo ella, si será el hijo del rey Perion de Gaula?—No sé, dijo el Rey.—Aquel escudero, dijo la Reina, que con Mabilia está hablando anda en busca dél, é dice que ha hallado nuevas que venia á esta tierra.» El Rey le mandó llamar é díjole: «Venid en pos de mí, é sabré si conoceis un caballero que en mi palacio está.»

Gandalin se fué con el Rey, é como él sabia lo que habia de hacer, tanto que vió á Amadís fincó los hinojos ante él, é dijo: «¡Ay señor Amadís! mucho há vos demandado.—Amigo Gandalin, dijo él, tú seas bien venido; é ¿qué nuevas hay del rey de Escocia?—Señor, dijo él, muy buenas, é de todos vuestros amigos.» El Rey lo abrazó é dijo: «Agora, mi señor, no es menester de os encobrir; que vos sois aquel Amadís, fijo del rey Perion de Gaula, é la vuestra conocencia é suya fué cuando matastes en batalla aquel preciado rey Abies de Irlanda, por donde le restituistes en su reino, que ya casi perdido tenia.» Entonces se llegaron todos por lo ver mas que ante; que ya dél sabian haber fecho tales cosas en armas cuales otro ninguno podia hacer. Así pasaron aquel dia, faciéndole todos mucha honra, é la noche venida, lo llevó consigo á su posada el rey Arban de Norgales por consejo del Rey, é díjole que trabajase mucho como le ficiere quedar en su casa. Aquella noche albergó Amadís con el rey Arban de Norgales, muy servido é á su placer. El rey Lisuarte habló con la

Reina, diciéndole cómo no podia detener á Amadís, é que él habia mucho á voluntad que hombre en el mundo tan señalado quedase en su casa, que con los tales eran los principes muy honrados é temidos, y que no sabia qué manera para ello tuviese. «Señor, dijo la Reina, mal contado seria á tan grande hombre como vos, que viniendo tal caballero á vuestra casa, della se partiese sin le otorgar cuanto él demandase.—No me demanda nada, dijo el Rey, que todo gelo otorgaria.—Pues yo os diré lo que será, rogádgelo á alguno de vuestra parte, é si lo no ficiere, decilde que me venga á ver ante que se parta, é rogarle he con mi fija Oriana é con su prima Mabilia, que lo mucho conocen desde la sazón que era doncel é las servia; é decirle he que todos los otros caballeros son vuestros, é queremos que él sea de nosotras para lo que hobiéremos menester.—Mucho bien lo decis, dijo él, é por ese camino sin duda quedará; é si lo no hiciere, con razon podriamos decir ser mas corto de crianza que largo de esfuerzo. Y el rey Arban de Norgales habló aquella noche con Amadís, pero no pudo dél alcanzar ninguna esperanza que quedaria; é otro dia se fueron ambos á oír misa con el Rey, é desque fué dicha, Amadís se llegó á despedir del Rey, y el Rey le dijo: «Cierlo, amigo, mucho me pesa de vuestra ida; é por la promesa que vos fice no oso demandaros nada, que no sé si os pesaria; pero la Reina ha gana que la veais ante que os vais.—Eso faré yo muy de grado, dijo él.» Entonces le tomó por la mano é fuése donde la Reina estaba é díjole: «Ved aquí el fijo del rey Perion de Gaula.—Si me Dios salve, Señor, dijo ella, yo he mucho placer, y él sea muy bien venido.» Amadís le quiso besar las manos, mas ella lo hizo sentar cabe sí, y el Rey se tornó á sus caballeros, que muchos en el patín dejaba.

La Reina habló con Amadís en muchas cosas, é respondia muy sagazmente, é las dueñas é doncellas eran muy maravilladas en ver la su gran hermosura, y él no podia alzar los ojos que no catase á su señora Oriana, é Mabilia le vino á abrazar como si lo no hobiera visto. La Reina dijo á su fija: «Recebid vos este caballero, que vos tan bien sirvió cuando era doncel, é servirá agora cuando caballero, si le no falta mesura; é ayudadme á rogar todas lo que yo le pidiere.» Entonces le dijo: «Caballero, el Rey, mi señor, quisiera mucho que quedádes con él, é no lo ha podido alcanzar. Agora quiero ver qué tanta mas parte tienen las mujeres en los caballeros que los hombres, é ruégoos yo que seais mi caballero é de mi hija é de todas estas que aquí veis; en esto faréis mesura, é quitarnos heis de afrenta con el Rey en le demandar para nuestras cosas ningun caballero; que teniendo á vos, todos los suyos excusar podrémos.» E llegaron todas á gelo rogar. E Oriana le hizo seña con el rostro que lo otorgase. La Reina le dijo: «Pues caballero, ¿qué faréis en esto de nuestro ruego?—Señora, dijo él, ¿quién faria al sino vuestro mandado, que sois la mejor reina del mundo, demás destas señoras todas? Yo, Señora, quedo por vuestro ruego é de vuestra hija, y despues, de todas las otras; mas dígovos que no seré de otro sino vuestro, é si al Rey en algo sirviere, será como vuestro, é no como suyo.—Así vos recibimos yo é todas las otras,» dijo

la Reina. Luego lo envió decir al Rey, el cual fué muy alegre, y envió al rey Arban de Norgales que gelo trajese, é así lo fizo; é venido ante él, abrazándolo con gran amor, le dijo: «Amigo, agora soy muy alegre en haber acabado esto que tanto deseaba, é cierto yo tengo gana que de mí recibais mercedes.» Amadís gelo tuvo en merced señalada. Desta manera que ois quedó Amadís en la casa del rey Lisuarte por mandado de su señora.

Aquí el autor deja de contar desto, é torna la historia á hablar de don Galaor. Partido don Galaor de la compañía del duque de Bristoya, donde le ficiera tanto enojo el Enano, fuése por aquella floresta que llamaban Arnida, é anduvo fasta cerca hora de visperas sin saber dónde fuese, ni fallar poblado alguno, é aquella hora él alcanzó un gentil escudero que iba encima de un muy galan rocin; y el caballero Galaor, que una muy grande é terrible llaga llevaba, la cual uno de los tres caballeros que el Enano á la barca trajo le ficiera, é cumpliendo su voluntad con la doncella, se le habia mucho empeorado, díjole: «Buen escudero, ¿sabriades me decir dónde podria ser curado de una ferida?—Un lugar sé yo, dijo el escudero; mas allí no osan ir tales como vos; é si van, salen escarnidos.—Dejemos eso, dijo él; ¿habria allí quien de la llaga me curase?—Antes creo, dijo él, que hallaréis quien otras os faga.—Mostradme dónde es, dijo Galaor, é veré de qué me quereis espantar.—Eso no faré yo, si no quisiere, dijo él.—O tú lo mostrarás, dijo Galaor, ó yo te faré que lo muestres; que eres tan villano, que cosa que en tí se faga la mereces con razon.—No podeis vos hacer cosa, dijo él, por donde á tan mal caballero é tan sin virtud yo faga placer.» Galaor metió mano á su espada por le poner miedo, é dijo: «O me tú guiarás, ó dejarás aquí la cabeza.—Yo vos guiaré, dijo el escudero, donde vuestra locura sea castigada, é yo vengado de lo que me faceis.» Entonces fué por el camino, é Galaor en pos dél fuera de camino; é andando cuanto una legua, llegaron á una hermosa fortaleza, que era en un valle cubierto de árboles. «Veis aquí, dijo el escudero, el lugar que os dije; déjame ir.—Véte, dijo él; que poco me pago de tu compañía.—Menos os pagaréis della, dijo él, antes de mucho.» Galaor se fué contra la fortaleza, é vió que era nuevamente fecha, é llegando á la puerta, vió un caballero bien armado en su caballo, é con él cinco peones, asimismo armados; é dijeron contra Galaor: «¿Sois vos el que trajo nuestro escudero preso?—No sé, dijo él, quién es vuestro escudero; mas yo fice venir aquí uno, lo peor é de peor talante que nunca en hombre vi.—Bien puede ser eso, dijo el caballero; mas vos ¿qué demandais aquí?—Señor, dijo Galaor, ando mal llagado de una ferida, é querria que me curasen della.—Pues entrad,» dijo el caballero. Galaor fué adelante, é los peones le acometieron por un cabo, y el caballero por el otro, é fué para él un villano; é Galaor, sacándole de las manos una hacha, tornó al caballero, é dióle con ella tan gran golpe, que no hubo de menester maestro; é dió por los peones de tal guisa, que mató los tres dellos, é los dos fuyeron al castillo, é Galaor en pos dellos, é su escudero le dijo: «Tomad, Señor, vuestras armas; que muy gran vuelta oigo en el castillo.» El así lo hizo, y el escudero tomó un escudo de los muertos é una hacha é dijo: «Señor, con-